



CRECED

en la gracia y el conocimiento de nuestro
Señor y Salvador Jesucristo. 2 Pedro 3:18

www.creced.ch

julio/agosto 2023

Índice n° 4/2023

2	Los milagros del Señor Jesús	<i>W.W. Fereday</i>
6	Jonatán	<i>M. Allovon</i>
12	Hablar del Señor por amor	<i>Der Herr ist nahe</i>
13	La palabra de la paciencia y la hora de la prueba	<i>T.B. Baines</i>
14	La disciplina del Señor	<i>J.A. Monard</i>

La revista Creced tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Los milagros del Señor Jesús

(Viene de la página 5 del n° 3/2023)

28. La oreja de Malco

Lucas 22:47-53; Juan 18:1-11

Lucas, “el médico amado” (Colosenses 4:14), nos habla de una escena conmovedora en el huerto de Getsemaní. Esto ocurrió en la víspera del suplicio del Salvador. La cruz se presentaba ante él con toda su aflicción y vergüenza. Acababa de levantarse de sus angustiosos ruegos cuando una turba de hombres armados se acercó para prenderlo. El beso de Judas les indicó quien era el que buscaban. Aun así, no había peligro para él si no hubiera escogido entregarse a la malicia de sus enemigos. Al oír sus palabras los enemigos cayeron a tierra (Juan 18:6); y nada habría sido más fácil para él que haber evitado todo eso, si así lo hubiera deseado. Pero habiendo venido de arriba para ofrecerse a sí mismo como sacrificio expiatorio, humildemente se sometió a la voluntad de Dios.

Pero los que lo rodeaban no eran del mismo espíritu. Pedro, con su acostumbrado celo, desenvainó la espada y cortó la oreja derecha de Malco el siervo del sumo sacerdote (v. 10). ¡Cuán diferentes al Señor

son aún sus más nobles seguidores! Vemos en Pedro, en ese momento, la actividad carnal cuando su Maestro muestra una perfecta sumisión. Y algunas horas después, mientras Jesús daba un fiel testimonio delante del sumo sacerdote, ¡Pedro le negó en la presencia de siervos con juramentos!

Notemos ahora la gracia del Salvador. Reprendió a su discípulo por su celo carnal, y tocando la oreja del siervo, lo sanó. Es Lucas quien nos habla de este extraordinario despliegue de gracia sanadora, y es Juan quien registra los nombres de las personas que estaban allí. Verdaderamente, la misericordia de nuestro Señor Jesucristo es ilimitada. No solo durante los días de su ministerio, sino también cuando las oscuras nubes se amontonaban a su alrededor, él fue el siervo voluntario de las necesidades y miserias humanas. Esto se verá también en su bondad para con el malhechor en la cruz.

¡Malco, un abierto adversario sanado y bendecido! Los anales de la naturaleza humana no pueden mostrar algo semejante. El Salvador actuó de este modo, mostrando la esencia misma del Evangelio. De allí las palabras en Colosenses 1:21-22: “Vosotros... que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte”. El

que escribió estas palabras había experimentado personalmente la verdad de ellas. Saulo de Tarso fue un adversario del Hijo de Dios aún mayor que Malco, “habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador; mas fui recibido a misericordia porque lo hice por ignorancia, en incredulidad. Pero la gracia de nuestro Señor fue más abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús”. No debe maravillarnos que uno que había sido así divinamente favorecido se haya deleitado desde entonces en proclamar: “Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero” (1 Timoteo 1:12-15). Ninguno en el universo es así capaz de ablandar los duros corazones como el Señor Jesús, ni transformar a los más violentos adversarios y hacer de ellos humildes y consagrados discípulos. Todos sus tratos son de incomparable gracia.

29. El agua convertida en vino

Juan 2:1-11

Debe tenerse en cuenta que Juan en su historia del Salvador prosigue una línea completamente diferente a la de los otros evangelistas. La razón de esto es que mientras Mateo, Marcos y Lucas nos presentan al Señor en varios caracteres humanos como: Mesías, Siervo e Hijo del Hombre, Juan nos muestra

su esencial Deidad, como Hijo de Dios. En el curso de la exposición de este maravilloso Ser, nos presenta una serie de siete milagros, también llamados “señales”; cuatro de estos fueron cumplidos en Judea y tres en Galilea.

La primera de las señales fue efectuada en Caná poco después de que el Salvador hubo dejado Nazaret para cumplir su ministerio público, y antes de su primera visita a Jerusalén como Profeta. Jesús había sido invitado con sus discípulos a una fiesta de bodas; su madre también estaba allí. De forma diferente a la de su pregonero Juan el Bautista, nuestro Señor no era asceta (Lucas 7:33-34). Sin embargo, su vida estaba marcada por la sobriedad y la separación del mal. En su gracia, él era accesible y misericordioso con los hombres. El matrimonio es una institución divina; mostró su respeto a ella con su presencia. En un mundo caracterizado por el mal, el matrimonio es una inmensa salvaguarda moral para los hombres, y debe ser “honroso” (Hebreos 13:4). “Prohibir casarse” es una señal de la apostasía de los últimos tiempos (1 Timoteo 4:3). Entre los notables siervos de Dios en el Nuevo Testamento, Pablo parece haber sido el único soltero. Pedro y los otros apóstoles traían sus mujeres con ellos en sus viajes misioneros (1 Corintios 9:5).

El vino faltó en Caná. María atrajo la atención del Señor sobre este hecho, evidentemente para sugerirle que cumplierse un milagro. Es digno de notar que él la reprendió inmediatamente. Solo en dos ocasiones encontramos a María interviniendo en el servicio del Señor, y en cada oportunidad él la puso a un lado (véase Mateo 12:46-50). Aunque respetaba enteramente sus deberes como hijo para con ella, no aceptó que una relación meramente natural influenciara su servicio para Dios. En estos relatos encontramos una advertencia dada de antemano contra el error, ahora ampliamente prevalente, de atribuir un rol a María que Dios no le ha dado.

En la fiesta de bodas en Caná había algunas tinajas para agua, pero aún estas estaban vacías, algo tristemente sugestivo de la brevedad de todo goce y delicia terrenal. A la palabra del Salvador estas fueron llenadas con agua, la que al instante se cambió en vino de tan excelente calidad que produjo la alabanza del maestra sala de la fiesta: “Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando ya han bebido mucho, entonces el inferior; mas tú has reservado el buen vino hasta ahora” (v. 10). Lo que Cristo da es necesariamente mejor que cualquier cosa que pueda ofrecer el mundo. Esto evoca, en figura, el gozo puro con el cual aún la tierra será llena en el día del reino de

Cristo. Cuando Aquel que ahora se ha sentado con su Padre en el trono se sienta en su propio trono en Jerusalén, todos los dolores de la tierra terminarán, y él llenará la escena con paz y bendición.

Mientras tanto el vino recuerda la profunda verdad de que toda bendición para los hombres, sea ahora o en “el mundo venidero”, está fundada en la sangre de Cristo. Antes de morir, el Salvador instituyó la Cena y señaló una copa de vino como el permanente memorial de su sangre preciosa (Mateo 26:27).

30. El hijo del oficial

Juan 4:46-54

El Señor se encontraba nuevamente en Galilea, habiendo vuelto de Jerusalén pasando por Samaria. Durante su estancia en esta ciudad, expuso el camino de vida a Nicodemo. De regreso, había llevado eterna satisfacción y gozo a la vida de la mujer junto al pozo de Sicar. Este último incidente fue seguido por dos días de feliz labor entre los samaritanos que estaban muy ansiosos por escuchar su palabra.

Jesús se encontraba una vez más en Caná. Un hombre noble, que residía en Capernaum, lo llamó para que visitase esa ciudad y sanase a su hijo, que estaba a punto de morir. En esta historia podemos ver la actual y la futura historia de

Israel. Este hombre era un oficial del rey, un judío ligado a la corte de Herodes, el gobernador extranjero del distrito norte de Israel. En él podemos ver la figura de la falsa posición en la cual la nación elegida estuvo por largo tiempo. Habiendo sido infiel a su llamamiento de separación de todos los demás pueblos, Dios la había abandonado al fruto de sus propios caminos. Como consecuencia, el pueblo de Israel se encontraba subordinado a sus amos gentiles. Al igual que el hijo del oficial, Israel había caído bajo el poder de la muerte. En Ezequiel 37, el mismo pueblo es nacionalmente asemejado a un valle lleno de huesos secos que no vivirán hasta el día de la presencia del Salvador con poder.

En respuesta a su súplica, el Señor respondió: “Si no vieris señales y prodigios, no creeréis” (Juan 4:48). En Israel esto era generalmente así (1 Corintios 1:22), mientras que con los samaritanos y gentiles su palabra era mejor recibida. Con fervor el padre le suplicó: “Señor, desciende antes que mi hijo muera”. Su fe era más débil que la del centurión romano bajo similares circunstancias. El centurión urgía al Salvador para que no viniese, sino que solamente dijese la palabra sanadora donde le encontró, estando completamente persuadido que nada más era necesario (Mateo 8:8). El oficial judío

debía aprender esa lección; y de acuerdo a esto fue despedido con estas palabras: “Vé, tu hijo vive”. Él creyó al Salvador y aunque su fe fue débil, era real. Por tanto, dirigió sus pasos hacia su casa, y pronto encontró a los siervos que habían salido desde Capernaum a recibirle con las buenas nuevas de que su hijo vivía. Habiendo preguntado a qué hora le había dejado la fiebre, entendió que era aquella hora en que el Salvador había pronunciado sus palabras de sanidad. Entonces toda su casa vino a creer en Jesús.

La fe en la palabra del Cristo ausente es la gran necesidad para el tiempo actual. No se trata más ahora de escuchar su voz como cuando estuvo sobre la tierra, sino que ahora nos habla desde los cielos por medio de las Sagradas Escrituras. En estas nos hace conocer el infinito amor de Dios, el costoso sacrificio de la cruz, el perdón, la justificación de los pecadores y la vida eterna. Todo esto forma la bendita porción de todos los que en él confían. Si los hombres no escuchan la voz divina en las Escrituras, entonces el cielo está completamente en silencio, y están condenados a andar a tientas en su camino hacia la perdición. El que piensa que el Creador abandonó a sus criaturas a tal suerte está enteramente equivocado, y no discierne a Aquel que es infinitamente sabio y bueno.

(Continuará)

Jonatán

1 Samuel 13 al 31

Jonatán, hijo de Saúl

Años después de que Dios liberara a Israel en Mizpa en respuesta a la insistente oración de Samuel (7:5-14), el pueblo sufría de nuevo la presión de los filisteos. Era el enemigo habitual, el del interior, el que moraba en el país que Dios había dado a Israel y al que jamás consiguieron echar. Israel no estaba en guerra franca con los filisteos en ese momento, pero sufría su ley sin reparar en sus artimañas (13:19-21). Los filisteos se aprovechaban de su relación de vecindad para acaparar toda la competencia y la actividad económica en el trabajo de herrería. Les ofrecían deliberadamente sus servicios, seguramente ventajosos, para el suministro y mantenimiento de los utensilios agrícolas. De esa manera llegaron a privarlos de las armas necesarias para la guerra. Indistintamente, el mundo se complace en cooperar con los cristianos si de alguna manera puede privarlos de sus armas espirituales.

“Así aconteció que en el día de la batalla no se halló espada ni lanza en mano de ninguno del pueblo que estaba con Saúl y con Jonatán, excepto Saúl y Jonatán su hijo, que las tenían” (v. 22). El

primero en tomar conciencia de la necesidad de sacudir el yugo de los filisteos fue Jonatán: “Jonatán atacó a la guarnición de los filisteos que estaba en el collado” (v. 3; “en Geba”, V.M.). Esta guarnición de los filisteos, establecida en una de las ciudades de los sacerdotes en Benjamín (Josué 21:17), era el símbolo de la sujeción de Israel al enemigo del interior.

Una seria advertencia para nosotros los creyentes que, en el entorno mundano gobernado por los deseos de la carne, perdemos fácilmente la conciencia de su dominio sobre nosotros.

Jonatán, hombre de fe

Esta primera victoria de Jonatán muestra que Dios se sirve del hombre de fe para hacer el bien a su pueblo. Esta suscita la ira de los filisteos que se juntan para pelear contra Israel obligando a Saúl y al pueblo a reunirse en Gilgal. Pero Saúl, aunque proclama a su favor la victoria de Jonatán (1 Samuel 13:3-4), tiembla de miedo ante la perspectiva de ser atacado por los filisteos. No aguarda el tiempo fijado por Samuel, ofrece él mismo el holocausto y es rechazado por Dios a causa de su desobediencia. Siendo Saúl puesto de lado moralmente, ahora es Jonatán quien pelea solo la batalla de la fe. Sin temor ante el abandono de su pueblo, ni desánimo

por la posición de inferioridad estratégica de la tropa de Israel, se dispone a luchar a la espera de una señal divina. Su esperanza: “Quizá haga algo Jehová por nosotros”, se basa en la certeza de que “no es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos” (14:6). Comparte esta actitud con su compañero, el paje de armas, pero no con Saúl, con quien no puede asociarse.

Jonatán se muestra con valentía a la vista del enemigo y recibe la indicación de que Dios va a entregárselo en su mano. Sin dejarse intimidar por la dificultad ni el sufrimiento, sube la empinada cuesta “trepano con sus manos y pies”, seguido por el paje de armas. Dios responde a la fe de estos dos combatientes haciendo caer delante de ellos como veinte hombres (v. 13-14). Y hay pánico en el campamento en Micmas (13:5). El acontecimiento no se limita solamente a los dos guerreros. “Gran consternación” (14:15; “terror de Dios”, V. J.N.D.; véase también Génesis 35:5) cae sobre los enemigos de Israel porque estos dos hombres son, por la fe, los instrumentos de la voluntad de Dios en ese momento. El resultado es una gran salvación para todo el pueblo que obliga a los filisteos a volver a su lugar (v. 45-46).

Jonatán ilustra la energía de la fe en un contexto de pasividad generalizada, pues, a pesar de estar solos, él y su paje andan y actúan con Dios. Este acto de fe es una bendición

para todos. En toda circunstancia hay un camino preparado por Dios para la fe; solo puede ser percibido y seguido por ella. “El camino de Jehová es fortaleza al perfecto; pero es destrucción a los que hacen mal” (Proverbios 10:29).

La conducta de Jonatán, artífice de la victoria, es tan incomprendida por Saúl, desprovisto de fe y de discernimiento, que la acción y el deseo intempestivos de este habrían conducido a su hijo a la muerte si Dios no hubiera tenido cuidado de que Saúl fuera desaprobado por el pueblo. La gran victoria cumplida por el acto de fe de Jonatán tiene como resultado consolidar la realeza de Saúl sobre Israel (1 Samuel 14:46-48), pero sin entrar en el camino de la fe. Su desobediencia a las órdenes de Dios —a través de Samuel— con respecto a Amalec provoca su rechazo definitivo (cap. 15).

David, escogido por Dios y vencedor de Goliat

Entonces Dios envía a Samuel a ungir al que ha elegido para reinar sobre Israel. Es David, el varón conforme a su corazón, un humilde pastor desestimado en la casa de su padre, pero apreciado por aquel que mira el corazón (16:7). Sin embargo, sus cualidades llaman la atención de un criado que informa a Saúl: “He aquí yo he visto a un hijo de Isaí de Belén, que sabe tocar, y es valiente

y vigoroso y hombre de guerra, prudente en sus palabras, y hermoso, y Jehová está con él” (v. 18). Saúl lo llama a su lado y David se convierte tanto en su arpista como en su paje de armas. Lo ama por los servicios que le presta, pero no lo conoce realmente: pronto se olvida de él.

Son muchos hoy los que quisieran encontrar en Cristo una tranquilidad de espíritu y socorro en sus dificultades, pero no saben o no quieren discernir en él al Señor, al Hijo de Dios como único Salvador.

Cuando los filisteos se agrupan para pelear contra Israel, envalentonados por la fuerza sobrehumana de su paladín Goliat, Saúl y sus siervos se juntan también, pero se turban y atemorizan por los ultrajes y la apariencia aterradora del gigante. Ninguno de los hombres valientes de Saúl puede hacer frente al desafío de Goliat. El propio Jonatán no aparece: la batalla que se va a librar es de una escala diferente a las que había ganado hasta ahora. Está reservado al verdadero “ungido de Jehová” el destruir al gran enemigo. Nadie piensa en David que, despachado por Saúl momentáneamente, ha vuelto al cuidado de sus ovejas. David, enviado por su padre a servir a sus hermanos, es despreciado por ellos, pero sus palabras llenas de confianza en Dios no pasan desapercibidas: son referidas a Saúl. Este lo hace venir y hablándole como a un desconocido y con

desdén declara: “No podrás tú ir contra aquel filisteo, para pelear con él” (17:33; “Tú no eres capaz de...” V. J.N.D.). Sin embargo debe inclinarse ante el testimonio de confianza de David: “Jehová, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me librará de la mano de este filisteo” (v. 37). David rechaza la coraza y la espada que Saúl le ofrece y avanza solo hacia Goliat, sin otro equipamiento que sus vestiduras de pastor y honda en la mano.

Antes de pasar a las armas, el enfrentamiento es ante todo verbal. Goliat expresa su enorme desprecio por David y le maldice por sus dioses. David no desprecia a Goliat y reconoce la fuerza de sus armas, pero declara: “Tú vienes a mí con espada y lanza y jabalina; más yo vengo a ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado. Jehová te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré... y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel” (v. 45-46; “... hay un Dios por Israel” V. J.N.D.). Es como si el combate ya hubiera tenido lugar y el resultado estuviera asegurado porque “de Jehová es la batalla” (v. 47). Dirigida por Dios, la piedra tirada con la honda por David queda clavada en la frente del gigante siendo inmediatamente abatido. David se adelanta, le saca la espada y le corta la cabeza.

Esta victoria de David, el ungido de Dios, sobre el adversario de Israel es una asombrosa imagen de la victoria de Cristo que destruyó “por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo” (Hebreos 2:14).

Jonatán ligado a David

David es llevado delante de Saúl por Abner, general del ejército. Sosteniendo la cabeza del filisteo en su mano se presenta delante de Saúl y de sus siervos, admirados y al mismo tiempo reticentes ya que esta hazaña los salva y los humilla. ¿Cómo es posible que este del que no se conoce ni su nombre pudiera cumplirla? Solamente un hombre se pronuncia a su favor. Jonatán, hijo de Saúl, supuesto heredero del trono, héroe nacional en Israel, se adelanta, se quita su manto de príncipe y se lo da a David. Deposita a sus pies otras ropas suyas, hasta su espada, su arco y su talabarte. Su alma queda ligada con la de David: “Lo amó Jonatán como a sí mismo” (1 Samuel 18:1). Nada más cuenta ya para Jonatán. No solo aprecia sin ofensa ni reticencia la proeza de alguien más poderoso que él, sino que su corazón es ganado por la hermosura moral de aquel cuya humildad iguala a su fuerza y coraje. Renuncia a su título porque discierne en David a aquel a quien son debidos el reino y la sumisión. Al mismo tiempo lo toma como

objeto de su afecto, amor y devoción. E hicieron pacto Jonatán y David y se mostró indeclinable en su amor.

¿Hemos sido así “asidos por Cristo Jesús”, cuya grandeza, victoria, hermosura y gracia, sobrepasan infinitamente las de David? Pablo lo fue y dijo: “Ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo” (Filipenses 3:8, 12).

David perseguido por Saúl

La victoria de David y los éxitos que consigue después le dan un gran prestigio frente a todo Israel. Los siervos de Saúl, luego su hija Mical, lo aprecian y lo aman cada uno a su manera. Los celos de Saúl se transforman rápidamente en odio. Amenazado varias veces, David debe estar atento e incluso esconderse.

Solo Jonatán le muestra a David un apego infalible. Mientras que los siervos de Saúl participan de sus malvados designios, Jonatán resiste a su padre, quien quiere hacerlo matar, y lo defiende con ímpetu. Hace ver que los éxitos militares de David son muy ventajosos para el rey y para todo Israel, y Saúl se deja convencer (1 Samuel 19:1-6). Después de haber estado otra vez en peligro de muerte y obligado a huir,

David viene a Jonatán. Este se compromete a esclarecer las intenciones de Saúl. Jonatán está convencido de que David debe reinar y le hace prometer hacer misericordia con él y su familia cuando esté sentado sobre el trono. “Jonatán hizo jurar a David otra vez, porque le amaba, pues le amaba como a sí mismo” (20:17).

Se expone a la ira de su padre y al tiro de su lanza al explicar el motivo de la ausencia de David. Poniendo su vida en peligro por él, Jonatán muestra que lo estima más que a sí mismo: “Tenía dolor a causa de David, porque su padre le había afrentado” (v. 34). Saúl ha afrentado y amenazado personalmente a Jonatán, pero no es esto la causa principal de su sufrimiento, es la afrenta hecha a David.

Nosotros, de igual modo, ante el desprecio del mundo, deberíamos sentir más fuertemente la afrenta hecha a Cristo que la nuestra propia.

Jonatán visita a David

El encuentro entre David y Jonatán está marcado por muchas lágrimas, sobre todo por David. Es el comienzo de los vagabundeos del fugitivo. “Y él se levantó y se fue; y Jonatán entró en la ciudad” (v. 42). Durante varios años (cap. 21 a 30), David andará errante de un lugar fortificado a otro, en los desiertos, y en cuevas donde se le unen hombres

desesperados que lo reconocen como jefe, pero es perseguido por Saúl “así como quien persigue una perdiz por los montes” (26:20).

Durante todo este tiempo, Jonatán permanece en la corte del rey, su padre, pero sin participar en su acción. Una vez más visita a David, en secreto, en el desierto de Zif, en Hores, y lo anima (23:16-18). Jonatán reafirma su pacto con David, convencido de que este debe reinar. Aun así, su preocupación por su propio destino y por el de su familia, le impide unirse a él, como su afecto debería haberle llevado a hacer. En un encuentro anterior había admitido su fragilidad de estar junto a Saúl: “Si yo viviere, harás conmigo misericordia de Jehová, para que no muera” (20:14). Esta vez dice: “Tú reinarás sobre Israel, y yo seré segundo después de ti” (23:17). Seguramente que David deseaba en su corazón que Jonatán se asociara con él cuando reinara, y no tenía necesidad de que este le pidiera hacer misericordia con los suyos. Pero Jonatán no supo afligirse con David compartiendo su rechazo y siguió gozando de las ventajas temporales que tenía en la corte. Tristemente resuena la conclusión del último encuentro de los dos amigos: “David se quedó en Hores, y Jonatán se volvió a su casa” (v. 18). Preguntémosnos a nosotros mismos, cada uno en particular: El Señor es precioso para mí y creo que lo amo. Pero, ¿estoy dispuesto, en la

práctica, a seguirlo de cerca mientras siga siendo rechazado en este mundo y a compartir el desprecio que se le tiene por encima de todo?

Jonatán en el monte de Gilboa

Los filisteos se juntan nuevamente para hacer guerra contra Israel. Saúl está aterrado porque Dios no le responde más (28:4-6). Su decadencia moral es tal que va a pedir consejo a una mujer que tiene espíritu de adivinación, lo que es una abominación para Dios. Por medio de Samuel, Dios interviene entonces para confirmar a Saúl su rechazo y anunciarle su muerte inminente: “Mañana estaréis conmigo, tú y tus hijos; y Jehová entregará también al ejército de Israel en mano de los filisteos” (v. 19). Los hijos de Saúl asociados con él deben compartir el mismo destino. A la mañana siguiente, en el monte de Gilboa, “siguiendo los filisteos a Saúl y a sus hijos, mataron a Jonatán, a Abinadab y a Malquisúa, hijos de Saúl” (31:2).

¿Quién puede medir las consecuencias de la unión deliberada de un cristiano con lo que el Señor ya ha condenado?

David en duelo por Jonatán

No hay nada más conmovedor que el lamento de David por las pérdidas de Saúl y Jonatán. Recuerda

sus hazañas; hasta olvida todo el daño que le hizo Saúl e invita a Israel a llevar duelo por él. No le reprocha nada, pero debe decir con mucho dolor: “Saúl y Jonatán, amados y queridos; inseparables en su vida, tampoco en su muerte fueron separados” (2 Samuel 1:23). Su profundo afecto por Jonatán y su gran pesar se expresan de manera elocuente: “¡Cómo han caído los valientes en medio de la batalla! ¡Jonatán, muerto en tus alturas! Angustia tengo por ti, hermano mío Jonatán” (v. 25-26). ¿Sería posible que Jonatán pereciera por manos de los filisteos, contra los enemigos que tanto el uno como el otro habían combatido victoriosamente con la ayuda de Dios? No supo ponerse al abrigo de aquel que Dios había escogido, como lo hizo Abiatar, a quién David había dicho: “Conmigo estarás a salvo” (1 Samuel 22:23). El amor de Jonatán era grande y puro. David lo había apreciado y lo recuerda: “Me fuiste muy dulce. Más maravilloso me fue tu amor que el amor de las mujeres” (2 Samuel 1:26). Pero el amor de David por Jonatán lo supera con creces y perdura más allá de la muerte.

Difícilmente nos dejamos instruir por los ricos ejemplos de la Escritura. Sin embargo, si la actitud de Jonatán nos llevara a aferrarnos al Señor para seguirlo de cerca, aceptando ser rechazados con él... ¡cuántas pérdidas nos evitaríamos!

Y el Señor no se privaría del gozo de darnos su aprobación.

La bondad de David hacia el hijo de Jonatán

Después de la muerte de Saúl, David, ungido rey sobre la tribu de Judá, manifiesta mucho respeto por la familia de Saúl; inclusive hacia Abner, jefe del ejército, que trata de conservar en el trono de Israel a Is-boset hijo de Saúl (2:12). Y cuando David reina sobre todo Israel, el recuerdo de Jonatán le inspira este llamamiento: “¿Ha quedado alguno de la casa de Saúl, a quien haga yo misericordia por amor de Jonatán?” Mefi-boset, hijo de Jonatán, “lisiado de ambos pies”, gusta de esta “misericordia de Dios” a la mesa del rey, como uno de sus hijos (cap. 9). Él es quien recibe los beneficios que David tenía reservados para Jonatán.

¡Hermosa imagen de la bondad con la que el Señor se acuerda de cada uno de los que lo aman, olvidando sus faltas! Dejémonos estimular por las Escrituras para amar al Señor de manera concreta, buscando su presencia, como los dos discípulos que le preguntaron: “¿Dónde moras?” (Juan 1:38). Él dijo: “Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor” (12:26).

M. Allovon

Hablar del Señor por amor

¿Qué es tu amado más que otro amado, oh la más hermosa de todas las mujeres? (Cantares 5:9)

La amada en el Cantar de los cantares es la imagen de los creyentes. A ella se le pregunta por su amado, e inmediatamente lo describe y lo retrata de cabeza a pies (5:10-16). Le sale a borbotones, y sigue encontrando nuevas palabras y nuevas comparaciones. Ella lo caracteriza tan claramente y con tanto detalle, como solo el amor verdadero y profundo puede hacerlo.

¡Qué hermoso sería que nosotros también estuviéramos siempre tan dispuestos a hablar de Jesús, nuestro Señor! Así no tendríamos que pensarlo durante mucho tiempo ni preguntar primero a otra persona. Simplemente nos alegraríamos de poder hablar de él. Bastaría con que alguien se interesara de verdad para que nuestro corazón se desbordara y habláramos del Señor, como la amada, llenos de admiración y adoración.

Si quiere compartir el Evangelio, necesita amor: amor por su Señor y amor por la gente. Si tiene este amor, entonces puede y quiere hablar. Por lo tanto, ¡no se conforme nunca con menos! Su

amor por el Salvador y por las personas debe ser una llama ardiente.

¿Le preocupa la difusión del Evangelio? Entonces renuncie a todo lo que le estorba. Si quiere difundir el Evangelio, tiene que acercarse a la gente. Debe ser serio y una verdadera carga para usted. Recuerde: es una situación de vida o muerte, de cielo o infierno; es una cuestión de si alguien se salva eternamente ¡o se pierde eternamente! Clame al Dios de toda gracia, para que nadie se vaya: sin estar impresionado... sin quedar tocado... ¡sin ser salvo!

“Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres” (2 Corintios 5:11)

Der Herr ist nahe

La palabra de la paciencia y la hora de la prueba

En Apocalipsis 3:10 encontramos una promesa particular hecha a la iglesia de Filadelfia. ¿Cómo debe entenderse la expresión “la palabra de mi paciencia”? Pablo expresó el deseo: “El Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo”

(2 Tesalonicenses 3:5). La paciencia de Cristo contrasta con el ejercicio de su poder. Él reinará, pero su reinado aún no ha comenzado. Hasta ahora, está esperando. El creyente es exhortado a esperar con él y a participar en su paciencia. Eso es lo que los creyentes en Filadelfia estaban haciendo, y el Señor los alaba por ello.

Su recompensa es: “Te guardaré de la hora de la prueba que a de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra”. La Escritura predice un tiempo en el que “habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá” (Mateo 24:21). Dios dijo a Daniel: “En aquel tiempo será libestado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro” (Daniel 12:1). El pueblo de Daniel son los judíos. Jeremías dijo: “¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él; tiempo de angustia para Jacob; pero de ella será librado” (Jeremías 30:7).

Las angustias y tribulaciones de ese día no se limitarán a Israel, porque Dios dijo: “Destruiré a todas las naciones entre las cuales te esparcí” (v. 11). Habrá tribulaciones previas a este periodo en el que la angustia alcanzará su paroxismo. Esto es lo que el Señor llama “principio de dolores”. Entonces “se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá pestes, y hambres, y terremotos en

diferentes lugares” (Mateo 24:7-8). Todos estos eventos forman parte de la “hora de la prueba”. Este tiempo será también destacado por un particular despliegue del poder del mal. Satanás trabajará a través de sus instrumentos “con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad” (2 Tesalonicenses 2:9-10). Esta es “la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero”.

Las Escrituras mencionan dos clases de personas que conocerán la liberación en relación con esta hora, pero de diferentes maneras. El pueblo de Daniel, “todos los que se hallen escritos en el libro” (Daniel 12:1), serán libertados luego de pasar por ella. El piadoso remanente judío tendrá que pasar por el “horno de aflicción” donde será probado y purificado (Isaías 48:10). Finalmente, será salvo por el “Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mateo 24:30).

En cambio, los creyentes de la presente dispensación nunca pasarán por esta “hora de la prueba”. No esperan ver al Hijo del Hombre venir de la manera gloriosa indicada en este versículo de Mateo 24, sino que serán arrebatados “para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:17). Cuando Cristo venga a libertar a su pueblo terrenal, los santos celestiales lo acompañarán. Habrán sido arrebatados al encuentro del Señor antes

de que empiece esa hora, y así serán preservados de la angustia y el terror indecibles que ella traerá.

T.B. Baines

La disciplina del Señor

Hebreos 12:5-11

La educación y formación que los padres dan a sus hijos incluyen la repreensión y la corrección. Ya en el Antiguo Testamento Dios se sirvió de esta imagen para poner en claro los cuidados y las atenciones que él dedica a los suyos. “Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere” (Proverbios 3:12).

Hebreos 12 cita y comenta en detalle este pasaje de Proverbios. Con una sabiduría infinitamente más elevada que la de nuestros padres, Dios nos disciplina “para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo... pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados” (v. 10-11).

En cuanto a la manera con la cual recibimos este castigo, o

disciplina, se nos advierte de dos peligros:

— el de **menospreciarla**, es decir, considerarla fruto de la fatalidad en vez de proveniente de la mano de Dios,

— el de **desmayar** ante la reprensión divina, olvidando que es la manifestación de sus cuidados y de su amor.

¿Somos conscientes de que nuestra vida se caracteriza por muchas carencias y debilidades? Tenemos necesidad no solamente de ser instruidos, sino también de ser reprendidos y castigados. Y si los padres que aman a sus hijos se sirven a veces de la vara (véase Proverbios 23:13-14), nuestro Dios quién nos ama no puede eludir las pruebas que son necesarias para nuestra formación.

En algunos casos, si es Su voluntad, estas pruebas tienen el carácter de sanción, al mismo tiempo que de aprendizaje: “para que participemos de su santidad”. Cuando se trata de pruebas que afectan a nuestros hermanos y hermanas guardémonos de pensar que cosechan lo que sembraron. Pensando de esta manera nos pareceríamos a los tres amigos de Job a los que Eliú, mensajero de Dios, debe hacer severos reproches a causa de sus razonamientos injustos. Pero si se trata de nuestras propias pruebas, con rectitud podemos poner nuestras conciencias a la luz

de Dios y pedirle que nos muestre si estas tienen relación con alguna mala obra o algún estado que no hemos juzgado delante de él.

La historia de José nos presenta tres ejemplos muy diferentes de la disciplina divina. En los tres casos la prueba es muy grande, pero el fruto es admirable.

Por envidia y odio contra José, su hermano menor, los hijos de Jacob lo venden como siervo y hacen creer a su padre que alguna mala bestia lo devoró (Génesis 37). José, siendo de edad de diecisiete años, es llevado a Egipto y viene a ser siervo de Potifar, oficial de Faraón. Luego es acusado calumniosamente por la mujer de su amo y puesto en la cárcel hasta la edad de treinta años. ¿Quién podría describir el cúmulo de sufrimientos morales y físicos que soportó este joven durante todo ese tiempo?

Pero Dios dirige todo desde lo alto. Utiliza las acciones de los hombres, incluso las peores, para lograr sus propósitos. Llega el momento en que, instruido por Dios, José interpreta un sueño de Faraón. De un día para otro, el joven cambia su estado de prisionero por el de gobernador de Egipto.

Después de los siete años de abundancia que José había predicho, hay hambre en todos los países. Jacob, obligado por la situación, envía a sus hijos a comprar trigo en Egipto. Son llevados hasta

su hermano menor que no reconocen y se inclinan delante de él; pero él sí los conoce (Génesis 42).

1) El ejemplo de los hermanos de José

El comportamiento de José hacia sus hermanos es muy notable. Ciertamente es dirigido por Dios para que se haga un trabajo de conciencia en ellos y reconozcan su falta. En cierta medida su manera de proceder es una imagen de los caminos disciplinarios de Dios para con nosotros.

Con gran sabiduría, José combina actos de bondad y de severidad, actos aparentemente duros (Génesis 42:7). El objetivo no se lograría con muestras de afecto o de perdón. Sus hermanos deben abrir los ojos y reconocer delante de Dios lo que habían hecho veinte años atrás.

José actúa como si no los conoce, y les habla ásperamente, los acusa de ser espías y los pone juntos en la cárcel por tres días. En ese momento todavía tienen buena opinión de sí mismos y osan afirmar: “Somos hombres honrados” (v. 11).

Después de esos días en que tuvieron la ocasión de reflexionar, José los pone a prueba: pueden ir a su país con el trigo que vinieron a comprar con la condición que quede preso uno de ellos. Este no será librado si no vuelven a Egipto con

su hermano menor, Benjamín. Pero saben de antemano que Jacob no querrá dejarlo ir. La angustia se apodera de ellos. El trabajo empieza a obrar en sus corazones. “Y decían el uno al otro: Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano, pues vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no le escuchamos; por eso ha venido sobre nosotros esta angustia” (v. 21). No murmuran contra el gobernador de Egipto que les impone tales exigencias, sino que reciben para sí esta prueba como un acto del gobierno de Dios. Rubén dice, y con razón, hablando de su hermano: “He aquí también se nos demanda su sangre”, pero desafortunadamente se distancia de sus hermanos al echarles la culpa de todo (v. 22).

En un nuevo acto de generosidad, José manda devolver el dinero a sus hermanos, poniéndolo en su saco, y les da comida para el camino (v. 25). Con gran asombro se percatan de ello al llegar: “Entonces se les sobresaltó el corazón, y espantados dijeron el uno al otro: ¿Qué es esto que nos ha hecho Dios?” (v. 28). Otra vez atribuyen a Dios lo que les sucede.

Cuando le cuentan a su padre Jacob las exigencias del señor de la tierra de Egipto, reciben un no categórico (v. 38). Pero el hambre, que es grande en la tierra, está trabajando en sus corazones y los obliga a descender a Egipto

para comprar alimento (cap. 43). Esta vez Benjamín los acompaña. Son recibidos favorablemente por José, quien libra el hermano preso y los invita a comer con él. Sus costales se llenan de alimento y de dinero para cada uno, y son despedidos en paz. Pero José previó una prueba para sus corazones, severa y decisiva, al hacer poner secretamente su copa en el costal de Benjamín (cap. 44). Aquel en quien se hallare la copa sería su siervo, y los demás podrían irse libremente. ¿Cómo responderán ante esta prueba? ¿Reaccionarán frente a José como la última vez o será ahora distinto? ¿Pensarán en el dolor de su padre Jacob o serán insensibles a él?

Cuando el mayordomo descubre la copa en el costal de Benjamín, rasgan sus vestidos y vuelven a José (v. 13). La aflicción produce frutos considerables y las palabras de Judá son muy conmovedoras (v. 14-34). Abre su corazón, expone todo lo que siente y se ofrece a quedarse como esclavo en Egipto en lugar de Benjamín.

Entonces, y solo entonces, José puede dar libre curso a la expresión de su amor por sus hermanos y darse a conocer a ellos. “No podía ya José contenerse... entonces se dio a llorar a gritos” (45:1-2).

La forma en que borra la culpa de sus hermanos —si podemos expresarlo así— es admirable.

“No os entristezcáis, ni os pese de haberme vendido acá; porque para preservación de vida me envié Dios delante de vosotros” (v. 5). “Dios me envió delante de vosotros... para daros vida” (v. 7). “No me enviasteis acá vosotros, sino Dios” (v. 8). De ningún modo está exagerando, queriendo agradecerles. Es totalmente cierto que Dios, quien tiene todo en sus manos, se sirvió de este crimen para traer bendición. Pero esto no se hubiera podido expresar sin haberse producido un previo arrepentimiento en sus corazones. ¡Y qué expresión del entero perdón que José da a sus hermanos! Algo particularmente emocionante en todo este relato es la compasión de José. El servicio que presta a sus hermanos exige severidad, pero por momentos debe apartarse de ellos para llorar (42:24; 43:30-31...). Esto nos recuerda lo que nos es dicho de Dios: “Antes si aflige, también se compadece según la multitud de sus misericordias; porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres” (Lamentaciones 3:32-33).

2) El ejemplo de Jacob

Toda la vida del patriarca estuvo marcada por la disciplina de Dios. A menudo esta disciplina vino por medio de la cría de ovejas, a lo que él se había dedicado. Un ejemplo

es cuando estuvo con Labán: el que engañó a su vez fue engañado.

Nos detendremos solamente ante la prueba que conoció Jacob cuando envió a sus hijos a Egipto.

Con el corazón todavía herido por la pérdida de José, toma un cuidado especial en no enviar al joven Benjamín a un viaje tan peligroso (42:4). Cuando vuelven solo nueve de los diez hijos y se le pide enviar a Benjamín, se niega rotundamente. Pero Dios se sirve del hambre, y tal vez incluso de otras circunstancias, para quebrar su voluntad. Y Jacob cede. Después de poner los mejores medios humanos posibles, recurre a la misericordia de Dios, como tantas otras veces en su vida, y concluye: “Y si he de ser privado de mis hijos, séalo” (43:14). ¡Qué difícil es el camino que quiebra la propia voluntad y acepta la voluntad de Dios, cualquiera que esta sea!

Tal es el trabajo de Dios en el alma de un hombre enérgico y voluntarioso. Poco después Jacob volverá a recobrar todo, aun a José, a quien creía definitivamente perdido.

3) El ejemplo de José

En contraste con la disciplina de los hijos de Jacob que tiene por objetivo señalar su pecado, la larga y dolorosa prueba de José tiene absolutamente otro carácter.

La Escritura no menciona ninguna falta en José. Sin embargo, Dios permite que sufra maldades e injusticias a manos de los que lo rodean y soporta sufrimientos poco comunes. Sin embargo, este tipo de disciplina también da frutos admirables.

Este hombre que pasó por el dolor, y lo pasó estando con Dios (39:2, 21), tiene un corazón compasivo. No se endurece por la posición de alto cargo que se le otorga ni por el gran poder del que dispone. Y puede ser un instrumento en la mano de Dios, no solo para librar multitudes del hambre sino también para llevar a cabo una labor de arrepentimiento y restauración en el corazón de sus hermanos.

Para terminar, recordemos el testimonio de un hombre, cuyo nombre no conocemos, que estuvo bajo la disciplina de Dios y que es consciente que fue de bendición para él:

— “Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; más ahora guardo tu palabra” (Salmo 119:67).

— “Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos” (v. 71).

— “Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos, y que conforme a tu fidelidad me afligiste” (v. 75).

J.A. Monard

Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.

1 Timoteo 1:15

Ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo.

Filipenses 3:8

Conociendo, pues, el temor del Señor, persuadimos a los hombres.

2 Corintios 5:11

Te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra.

Apocalipsis 3:10

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los **19 volúmenes** encuadernados de la revista Creced, desde 1984-85 hasta 2020-21. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 10 \$ EE. UU. 10 EUR 10 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago:

- PayPal: Usar el siguiente enlace: [PayPal.Me/paralarevistacreced](https://www.paypal.com/paralarevistacreced).
- Western Union: a nombre de Jean-Pierre Cuendet, Les Pommerets 6, 2037 Montezillon (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es importante que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Union.

- Alternativamente, se puede enviar billetes de \$ EE. UU. o de Euro en un sobre certificado.

Comité de redacción: J.-P. Cuendet (responsable), J. Perron, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
